

Un novelista exhumador en el Père Lachaise

El Julio Carrié que Soriano transformó en protagonista de su novela *El ojo de la Patria*, era pariente de Domingo Faustino Sarmiento y vivió varios años con el gran sanjuanino.

A primera hora del 14 de marzo de 1995 bajé del tren con mi esposa Cristina en la estación París Austerlitz. Veníamos de Santiago de Compostela de dar las condolencias a la reciente viuda del gallego Manolo Puente, un entrañable amigo con quien había encarado atrevidas escaladas y expediciones en nuestros Andes patagónicos.

A Cristina la entrada en París no la deslumbró porque enseguida partimos por la enmarañada red subterránea hasta la estación Chateau Rouge, en ese entonces, temido barrio africano donde Soriano tenía un modesto departamento en el 5° piso y por escaleras.

Pocas semanas antes, como vecinos que éramos en Palermo Viejo, sus visitas a nuestra casa se habían acentuado porque escribía una nueva novela que hasta entonces pensaba llamar *Fotos de familia*. En una de esas divertidas y parloteadas tertulias nocturnas en el living de nuestra casa, lo enteré de la muerte de mi amigo gallego. Llevaría a Cristina porque nunca había viajado por Europa. “Si vas a París te presto mi departamento”, me ofreció, advirtiéndome que no tenía cama (sólo un colchón doble en el piso), el baño era chico, la ducha se encontraba en la cocina junto a las hornallas y estaba prohibido usar el ascensor.

Ya juntos habíamos comentado *El ojo de la Patria*, desde los bosquejos hasta la edición

de Sudamericana. Le gustaba decir que lo había inspirado el texto de una lápida del cementerio Père Lachaise y que la tumba pertenecía a un espía argentino en París enterrado en 1910.

Soriano se quedó en Buenos Aires aporreando su computadora y advirtiéndome que pronto él mismo se instalaría en su departamento parisino para, en soledad, poder terminar la novela. Había hecho un muy sabroso arreglo con la editorial Norma para que editaran todos sus libros anteriores y el que pronto debía entregar.

Al salir de la estación Chateau Rouge comprobamos que todo el barrio era de africanos y desde la esquina caminamos por la Rue Dejean con sus coloridas frutas y sabrosos olores del bullicioso mercado callejero. Nos llevamos ajos y langostinos para el primer almuerzo y a menos de cuadra y media trepamos los cinco pisos, abrimos las valijas y decoramos el departamento con pósters y banderines de San Lorenzo de Almagro para cuando, un mes después, llegara Osvaldo a terminar su novela en soledad.

Cuando lo hizo, nos mantuvimos en contacto telefónico. Ignoraba que sería su última estadía en París y que a los 52 años, escribía su último libro.

Me habló a Buenos Aires para agradecerme la decoración sanlorentista que le dejamos en Chateau Rouge, pero también dijo:

“Negro querido, ahora me cansa muchísimo subir los cinco pisos. Bajo una sola vez por día y subo con 4 botellas de agua mineral. Pero estoy bien adelantado. Pronto te haré algunas consultas por fax”. Las hizo, pero entonces ya presentía una enfermedad.

A su regreso, me dio a leer y corregir *Fotos de familia*. Estaba urgido, pero pidió que además la leyera mi hija Paola, también periodista. La novela cambió su título por *La hora sin sombra* y quedó impresa poco antes del fin de ese año '95.

Lo que sigue es demasiado doloroso como para narrarlo. Lo acompañé en las tediosas jornadas de su tratamiento de quimioterapia y las fiestas de fin de 1996 no fueron tales. Lo intervinieron quirúrgicamente cuando debí hacer un viaje a Montevideo. “Te pido que hurgues en lo cierto o falso del nacimiento de Gardel en Uruguay” me rogó, descontando su recuperación y que quizás escribiera *La novela de Gardel*.

Volví, pero, aquel miércoles 29 de enero de 1997 apenas me pude juntar en el lobby de una clínica de la calle Pueyrredón con Dal Masetto, Aída Bortnik, Tito Cossa y Pasquini Durán. Catherine Boucher quiso quedarse sola con Osvaldo. Bajó cuando tuvo que decirnos que había llegado el triste y solitario final.

Cuando con su hijo, Manuel, Catherine volvió a vivir en Francia, eligió hacerlo en



Catherine Brucher, la viuda de Osvaldo Soriano, en 2012, en la tumba de Julio Carrié (1857-1910), el “agente confidencial argentino” que inspiró al escritor para su novela *El ojo de la Patria*.

las afueras de París, prometió volver atrapada por las nostalgias. Durante estos 18 años de ausencia de Osvaldo, siempre fue nuestra bienvenida huésped en Palermo Viejo y nosotros lo fuimos de ella en Jeanville.

En la última visita que le hicimos en 2012, sentenció que esta vez sí iría a la dichosa tumba que había inspirado a Soriano para escribir *El ojo de la Patria*.

La historia venía de lejos, de los tiempos del exilio y de cuando con Catherine alquilaban un departamento en el barrio Gambetta, casi a las puertas del Père Lachaise. Osvaldo solía ir a sentarse a leer entre tantos personajes del pasado y mirar París desde las alturas de ese empinado cementerio. Visitaba a Balzac y cuando iba *en busca del tiempo perdido* caminaba por la avenida Transversale de la necrópolis y se detenía en la tumba de Marcel Proust. Seguía esa avenida para doblar por la calle Carette entre tumbas y mausoleos hasta detenerse en el de Oscar Wilde.

Fue precisamente a pocos metros que vio un busto en mármol de carrara de un tal Julio Carrié (1857-1910) y una placa que lo señalaba, entre otras cosas, como un “agente confidencial argentino”.

Allí mismo le saqué una foto a Catherine y le prometí averiguar quién había sido este otro don Julio a quien Soriano le quitó la “i” para el desopilante Carré, espía en los años duros.

Resultado: el Carrié original fue un abogado doctorado en la UBA, especializado en derecho constitucional y también diplomático de exitosas gestiones para nuestra Cancillería. Se había casado en 1882 con la norteamericana Adele Davis en la Catedral de San Patricio de Nueva York. Divorciado, se casó esta vez con la pintora alemana Anna Winberger, que es quien lo acompaña en el sepulcro parisino. Pero lo más curioso ha sido que Eloísa Salcedo Sarmiento, la madre de Carrié, sanjuanina esposa de un inmigrante francés, era la prima más confidente de Domingo Faustino Sarmiento. Ya siendo presidente y habiendo dispuesto un censo nacional, él mismo fue censado en la residencia porteña de la calle Belgrano entre Perú y Bolívar. En el censo que se guarda en el Archivo General de la Nación, se lee: “Sarmiento, Domingo F., 58 años” y en el rubro “Oficio” dice: “Presidente de la República”. Pero en el listado de la misma casa censada figura la prima del presidente, Eloísa, su esposo Augusto Carrié, francés naturalizado, y los hijos de ambos, entre los que figura Julio Carrié, entonces de 14 años.

Soriano murió desconociendo esta historia pero no le hubiera hecho falta. *El ojo de la Patria* y el Julio Carré (sin la “i” del original) sobrevivirán más que la memoria del verdadero Julio Carrié.